

Marta Robles

La chica
a la que
no supiste
amar



MARTA ROBLES

LA CHICA
A LA QUE NO SUPISTE AMAR

ESPASA  NARRATIVA

© Marta Robles, 2020
© «Hielo», poema por cortesía de Carlos Zanón
y Casanovas & Lynch Literary Agency
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 27.146-2019
ISBN: 978-84-670-5814-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

CALLAÍTA

¡BANG! En mucho menos de un segundo, la bala que sale de la pistola que el tipo desenfunda por sorpresa atraviesa el cráneo de la chica y provoca su muerte instantánea.

Minutos antes del disparo, ella se ha levantado de la cama y despojado de la ropa —un camisón muy corto, rojo, de nailon brillante y unas bragas del mismo color y material— y permanece desnuda y en silencio, mirando al hombre y esperando sus instrucciones. Él inspecciona su cuerpo mutilado, con el rostro impasible, antes de pronunciar palabra.

—Vuélvete —ordena por fin.

Ella, obediente, se gira y se coloca contra la pared, pero se queda a unos centímetros del muro. No quiere tocarlo: está sucio de miseria y mil veces salpicado de semen. «Está asqueroso —piensa—, tendré que limpiarlo uno de estos días».

Entonces el tipo saca la pistola de su cinto, con asombrosa rapidez, y dispara sin dudar. ¡BANG! La bala se estrella contra la cabeza de la chica, que rebota en esa pared sucia y mil veces salpicada de semen que ya jamás limpiará, dejando una casi imperceptible huella roja. Ella se desploma como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos y se queda boca arriba, con los ojos abiertos. Un

exiguo hilo de sangre mana del pequeño, redondo y perfecto agujero por el que ha salido el proyectil, situado en el mismo centro de su frente.

El tipo, aún con la 9 mm Parabellum humeante en la mano, revisa de nuevo, con atención, el hermoso cuerpo sin vida de la joven. Una mueca de desagrado se dibuja en su rostro inclemente al llegar a las enormes cicatrices que ocupan el lugar de cada uno de sus pechos.

—Una puta sin tetas —murmura entre dientes, con desprecio—. ¿Para qué coño sirve una puta sin tetas?

Se guarda el arma con tranquilidad, se ajusta la chaqueta, se atusa el pelo con ambas manos, respira hondo, abre la puerta y abandona la habitación. En el pasillo se oye la música que llega del salón. *Callaíta*, de Bad Bunny. Puro reguetón a todo volumen.

—¿Has oído? —dice un hombre borracho que sale del cuarto contigo—. ¡Otro petardo! ¡Me tienen hasta los mismos cojones los putos niños de las despedidas de soltero, joder! ¡Anda y que les den mucho por el culo! ¡No le dejan a uno ni follar tranquilo!

El hombre que acaba de matar a la chica ni siquiera le dedica una mirada y continúa caminando con parsimonia por el corredor, hasta llegar a la sala principal del local. Allí la música tiene aún más presencia y las mujeres deambulan de cliente en cliente, ataviadas con minúsculos conjuntos de colores chillones, muy parecidos al de la muerta. El tipo se acerca a la barra y se sienta en uno de los taburetes, junto a una de ellas, que le dedica una sonrisa forzada.

—Niño, ponme un whisky —le pide al camarero.

2

UNA LLAMADA DE SOCORRO

El teléfono de Roures suena de forma intempestiva de madrugada. El detective se despierta sobresaltado. Cada vez le cuesta más conciliar el sueño y esa noche no ha logrado pegar ojo hasta pasadas las dos. Debe de ser que ni sus hábitos son los que recomienda la filosofía Feng Shui, ni su casa, abarrotada de vinilos y de libros, propicia que la energía fluya. Eso le dijo su portera, adicta a una tipa de moda que lo ordena todo en internet, cuando vino a limpiar el último día, desesperada por tardar tanto tiempo en adecentar una casa tan pequeña. Una estupidez, por mucho que la mujer sea un prodigio de sentido común, porque él siempre ha dormido en ese mismo desorden organizado y hasta hace bien poco con una facilidad pasmosa. O tal vez no hace tan poco. Entonces apenas necesitaba unas cuantas horas para levantarse en plena forma. Ahora tarda mucho más en recuperarse. No es una cuestión de tiempo, sino de edad. Cuatro horas de sueño y más de sesenta tacos es un cóctel poco llevadero, por mucho que su aspecto —y más desde que la jueza Carlota Aguado está en su vida— sea el de un hombre diez años más joven. El teléfono sigue sonando con insistencia, así que no parece que sea una equivocación. Lo mira con la voluntad de estamparlo contra la pared. Pero tiene la misma dependencia de

ese artefacto que los que han nacido en ese otro siglo en el que a él le queda, si todo va bien, menos de media vida por vivir y demasiada nostalgia para aprovecharla. «Maldita sea —piensa—. ¿Cómo es posible que no sea capaz de dejar esta mierda de aparato sin sonido alguna vez?». Revisa la pantalla y ve que le llaman desde un número desconocido. «¿Desconocido? ¿Quién será el cabronazo?», se pregunta el detective mientras presiona malhumorado el botón del aparato para poder contestar.

—Diga —responde con sequedad.

—¿Roures? —Una voz masculina suena premiosa al otro lado del teléfono—. Soy Alberto. Alberto Llorens. Necesito verte. Por favor. Es muy urgente.

Roures reconoce la voz de un compañero de aquellas viejas guerras desde las que él contaba las historias y otros tipos como Llorens o su cámara, Alejandro Mara, ponían las fotos, en el caso del primero, y las imágenes para televisión, en el del segundo. Él a veces también tiraba de Leyca, pero, a decir verdad, sus fotos nunca fueron tan artísticas como las de su amigo. Lleva mucho tiempo sin saber nada de Llorens. Le cree felizmente retirado entre Castellón y Benicàssim junto a su simpática mujer, con cargazo en una empresa de cerámica familiar y tan diligente como para, además, encontrar tiempo para comentar, con amor, los libros de fotografías que de vez en cuando publica su marido, ahora que ya ha dejado de exponer, después de años de enorme éxito. Una vida placentera y sin urgencias, supone.

—¡Vaya! —exclama sorprendido el detective—. ¡Alberto Llorens! Te diría que me alegra saber de ti después de tanto tiempo, pero... ¿no podías haber esperado unas horitas para darme esta «grata sorpresa»? —El detective mira su reloj de Corto Maltés, que descansa sobre la mesilla—. No sé si lo sabes, pero son las seis de la mañana, joder. —Roures, se restriega los ojos y suspira antes de continuar.

Si su amigo lo llama a esas horas, será que le pasa algo grave—. A ver, ¿qué cojones te ocurre? —pregunta con un deje de cansancio—. Pensaba que eras el hombre feliz, pero con camisa.

Llorens ha aguantado el chorro al teléfono sin decir ni media palabra. Cuando su amigo acaba de reprenderlo, con razón, empieza a hablar con dificultad. Como si le supusiera un esfuerzo.

—Ábreme. Por favor —suplica con la voz quebrada—. Estoy en el portal de tu casa. Necesito verte.

—¿En el portal de mi casa? —se sorprende el detective—. ¡No me jodas! ¿Es que estabas hoy en Madrid? ¿No te habrás venido desde Castellón a estas horas? —No hay respuesta—. Espera que te abro.

El detective se incorpora con desgana y se sienta un instante al borde de la cama, medio mareado, antes de levantarse y caminar hasta el telefonillo, descalzo y solo vestido con sus bóxer blancos y una vieja camiseta, ya muy desgastada, de los Sonic Youth. La música, siempre presente. Hasta cuando no suena.

—Pasa —dice desde el interfono, mientras pulsa el botón para que su amigo pueda acceder al portal. Luego abre la puerta y se queda esperando. Al poco aparece Llorens. Se le ve muy fatigado. Su abundante pelo canoso está tan revuelto como si acabara de levantarse de la cama, pero la arrugada camisa y la fatiga de su mirada delatan que no viene precisamente de un sueño reparador. Al entrar, se abraza a Roures. El detective se separa al poco y le hace un gesto con la cabeza para que le siga al pequeño salón y tome asiento.

—¿Te has venido desde Castellón de madrugada? ¿En serio? ¿Qué te pasa, tío?

—Yo... —titubea él—. Mataron a una mujer y nadie sabía quién era. Pero yo sí lo sé. Ahora lo sé.

—Ya —concede Roures. No quiere presionarle porque su angustia es evidente, pero...—. ¿Solo lo sabes tú? En ese caso, igual no interesa que lo sepa nadie más.

El tipo comienza a sollozar.

—No es eso, Roures —dice entre lágrimas—. Yo no la he matado. Yo la quería. Lo hubiera dejado todo por ella, pero..., joder, ya sabes lo difícil que es hacer las cosas bien y...

Roures se levanta. No soporta los lloros y le duele la cabeza, así que opta por ir a la cocina a por un vaso con agua en el que diluir un par de Actrones, en vez de comenzar ese día, que ha empezado antes de la cuenta, con el consabido pitillo de nada más despertarse. Mientras las pastillas efervescentes se deshacen en el agua con su habitual chisporroteo, el detective trata de consolar a su amigo, aún no sabe de qué.

—Las cosas casi nunca se hacen bien —dice, volviendo con su vaso y otro solo con agua que le ofrece a Llorens—. Y menos cuando hay sentimientos de por medio.

El hombre ahora llora con desesperación.

—Era tan joven. Y tan guapa. Y yo... Aún no sé cómo...

—Tranquilízate, amigo —ordena Roures, molesto, antes de tomarse el brebaje—. Sabes que los llantos me ponen muy nervioso.

—Está bien. Lo intentaré. Pero solo si me juras que vendrás. ¡Tienes que venir! Necesito...

—Iré, Llorens —corta el detective—, si me das algún dato más y veo que te puedo ayudar. Pero ahora continúa.

—Tengo miedo, ¿sabes? La gente que está detrás de todo esto no se anda con tonterías. Por eso he venido. Te quiero contratar, tío. Necesito que seas tú quien descubra al hijo de puta que la mató. Y que arregles las cosas.

Roures cierra los ojos con cansancio. Los clientes, y más los amigos, creen que los detectives disponen de una vari-

ta mágica. Que pueden hacer desaparecer sus errores y sus miserias. Que con una investigación resolverán sus conflictos y las conciencias se les quedarán limpias. No es cierto. Revolver las historias oscuras es peligroso. Nadie suele salir indemne.

—Entiendo. Pero, dime, ¿de qué va la vaina? ¿Y por qué me la tenías que contar justo hoy a esta hora?

Llorens respira hondo antes de responder.

—¿Recuerdas la noticia de la nigeriana que apareció desnuda y muerta hace tres semanas en la playa de Castellón? La noticia no tuvo apenas repercusión, pero...

Roures trata de hacer memoria.

—Me suena. Tampoco presté mucha atención. Una desgraciada más. Una víctima más de este mundo injusto. Ya está. Fin de la historia.

—Eso pensé yo. Y también que Blessing —así se llamaba— evitaba el contacto conmigo porque yo había sido un capullo.

—Explícate. —El hombre comienza a gimotear de nuevo—. No te reconozco, tío —dice, perdiendo la paciencia el detective—. ¿Quieres dejar las lágrimas para otro momento y decirme algo coherente?

—Verás, Roures —explica Llorens—. Conocí a Blessing en el club Cocoa. Era la única negra de entre todas las putas del local. Espectacular. Ni te imaginas. Una diosa.

—¿Tú en un puticlub? ¿Y qué coño hacías tú en un puticlub? —inquire Roures sorprendido.

Llorens responde con otra pregunta. La suya envenenada.

—¿Ahora me vas a juzgar, amigo? ¿Tú? ¡No me jodas!

—No, claro que no, pero... ¿Y Ana? ¿Y ese matrimonio ejemplar, casi único entre los colegas?

—Esa es otra historia. La hablamos cuando tengamos más tiempo. Ahora, Blessing. La conocí en el Cocoa, como

te digo. Me contó que cuando llegó a Castellón con otras tres nigerianas, la pusieron a currar en el Caminás, con todos los desgraciados yonquis y otra escoria de la ciudad. Estuvo unos cuantos meses allí. Luego, el encargado del Cocoa, que suele hacer batidas por esa zona por si hay algo de material con el que renovar las existencias del club, la vio y... Estaba muy buena. Buena de verdad. Ya te digo. El tipo habló con el chulo negro de Blessing y se la llevó al Cocoa. Y allí, al poco, la conocí yo. Ella hacía caja sin parar. Ya ves. Ni racismo ni hostias. Era una hembra tan bestial que se la hubiera follado el mismísimo Hitler. Tan perfecta por todos lados que ni te dabas cuenta de que tenía el pezón izquierdo un poco hacia dentro. Yo... llegué una noche al club, la vi y me la llevé a una habitación. Y —hace una pausa—... ¡nos lo pasamos tan bien! Era una bomba en la cama, pero además era alegre, tenía sueños, se reía con lo que le contaba... ¡Qué sé yo, tío! ¡Tenía vida y ganas de vivir! Y... me enamoré, te lo juro. Como nunca. Ni de Ana ni de nadie. Me enamoré y me sentí como si me hubieran quitado veinte años de encima.

—Suele pasar si vas con una chica cuarenta años menor que tú, a la que no le queda otra que idolatrarte.

Llorens hace caso omiso al comentario sarcástico del detective, bebe un poco de agua y continúa con su historia.

—Intenté cancelar su deuda. Pero me dijeron que debía mucho dinero. Yo no podía conseguir tanto de golpe, así que era mejor resignarse y esperar. Además, sabía que el jefe se inventaría cualquier cosa con tal de no quedarse sin ella. Era demasiado rentable, hasta que...

—¿Qué? —pregunta Roures con curiosidad.

—Enfermó. Un cáncer. En un pecho. La llevaron a un matasanos, no sé ni dónde —aunque sí que todo eso incrementaba su deuda— y le descubrieron que el pezón se le iba para dentro porque tenía un tumor. Le dijeron que la

abrirían y se lo quitarían, que estaba muy localizado y que ni se iba a enterar, pero... le amputaron las dos tetas enteras, le dejaron unas cicatrices espantosas y le anunciaron que necesitaría quimioterapia.

—¿Y?

—No la volví a ver.

—Ya.

—No es lo que te imaginas, Roures. Mi primera intención fue sacarla del club y llevarla a un médico de la Seguridad Social. No estaba seguro de si la tratarían o no porque no tenía papeles, pero aun así estaba dispuesto a encontrar la manera de ayudarla. Ella no quiso. Tenía un amarre de vudú y temía por su familia en Nigeria. No podía ir a ninguna parte sin pagar. Eso me dijo. Y yo no podía pagar. Además, ¿qué iba a hacer? ¿Hipotecarlo todo por Blessing y dejar a Ana si ella...?

—¿... Moría? —Roures acaba la frase de su amigo reconociendo esa actitud tan frecuente: la cobardía. Es fácil saltar con red de seguridad. Arriesgar lo que se tiene sin segunda opción es otra cosa.

Llorens calla unos segundos y el silencio se vuelve denso.

—Pues sí, lo pensé —suelta finalmente, casi con violencia—. Quedarme sin pasta, sin Blessing y sin Ana. No... no... —Se tapa la cara con las manos.

—Está bien —le ayuda Roures, que tampoco pretende dejarlo sin salidas.

—La echaba de menos. Mucho. Y me sentía culpable. Así que volví a buscarla. Al menos podría estar a su lado mientras... En fin, regresé al Cocoa. Para mi sorpresa, cuando pregunté por ella me dijeron que ya no estaba. Insistí una y mil veces. Necesitaba encontrarla. Pero nadie sabía nada. Ni las otras chicas ni los tipos del club. Uno de ellos me advirtió que dejara de molestar con tantas preguntas y, cuando insistí en hacerlo me echó y me ordenó

que no volviera más. Y... me rendí. No volví a aparecer. Pero eso no me liberó de pensar en Blessing, ni tampoco de los remordimientos. Dejarla sola en esas condiciones fue miserable, lo sé, pero... ¡No podía conseguir la pasta sin que Ana se enterase y...! —Roures no contesta. Los remordimientos son cosa de cada cual. Bastante tiene él con los suyos—. Eso fue hace dos meses —continúa Llorens—. Poco después, cuando vi en la prensa la noticia de esa chica nigeriana no identificada, recé para que no fuera Blessing, pero hace un par de semanas escuché por casualidad la conversación de dos policías en la cafetería Sella, esa que está al lado de la comisaría, cerca de la casa de mi suegro. Y uno de ellos mencionó lo de los pechos amputados. No había duda.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Acaso pretendes buscar al asesino y denunciarlo? ¿Que todo el mundo sepa la relación que tenías con esa mujer? La tuya te mandará a la mierda, seguro. Y tú quedarás como un tipejo.

A Llorens el miedo le quiebra la voz, aunque trata de no volver a gimotear.

—La semana pasada, un tipo negro apareció por mi casa y preguntó por mí. Cuando salí a ver quién era me acusó de la muerte de Blessing y me insistió en que tenía que pagarle el dinero que ella le debía a él. Yo no sé cómo funciona esto, tío. Creía que los del club habrían pagado su deuda, pero debe de ser que el que la trae aquí mantiene una deuda paralela y se reparten los beneficios del curro de las chicas. Yo qué sé. El caso es que le dije que no sabía de qué me estaba hablando y lo amenacé con denunciarlo a la policía. Él me señaló con el dedo mientras susurraba unas palabras en alguna lengua extraña que no entendí y luego me dijo que si se me ocurría hablar de este asunto, lo pagaría caro. A la mañana siguiente me encontré con una lengua de vaca cosida de alfileres en la puerta de mi casa. A Ana casi

le da un infarto. Por suerte, la quité antes de que la viera nadie más y Ana me creyó cuando le aseguré que sería una equivocación que tendría que ver con unos ucranianos con mala pinta recién llegados a nuestro barrio. Luego miré en internet y descubrí que era parte de un ritual de magia negra que se utiliza para hacer callar a alguien. Y me acojoné. Por un lado, pensaba en Blessing, enterrada en una fosa sin nombre, y en mi obligación de, no sé, hacerle llegar sus restos a su familia, decirle al menos que había muerto... Pero luego se me fue la idea de la cabeza. ¿Cómo iba yo a localizar a los suyos en un pueblo remoto de Nigeria? Y además, ¿acaso iba a ir a la policía a decir quién era ella? ¿A contar que me amenazaban? Lo dejé estar. Tal vez esa bestia negra se olvidara de mí. Al fin y al cabo, yo no la había matado. Y él seguro que lo sabía... Pero dos días después volvió y me insistió: tenía que pagarle sesenta mil euros y, si no, atenerme a las consecuencias. Mi familia empezaría a pagar.

—... Eh —le interrumpe el detective—. Tú no te crearás eso de la magia negra y el vudú, ¿no?

—Hace cuatro horas estaba saliendo del Hospital General de Castellón, Roures —le informa con voz temblorosa Llorens—. Acababan de sacar a Ana de la UCI, después de veinticuatro horas de infierno. Se ahogaba. No podía respirar. Era como si se le hubiera obstruido la tráquea. No sabían qué le ocurría. Pensé que se moría. Cuando por fin la llevaron a una habitación y me dijeron que estaba fuera de peligro, entré en pánico y pensé que tenía que venir a verte. Así que la dejé dormida y aquí estoy. Solo para convencerte. Espero estar de vuelta cuando despierte. Ella no lo sabe, pero... ayer encontré un muñeco con su pelo, en nuestra cama. No sé de dónde lo sacarían, pero desde luego parecía su pelo. Y ese muñeco tenía un alfiler clavado en la garganta.